

Homenaje al Libertador en el Aniversario de su Muerte

Discurso pronunciado el 17 de diciembre
de 1985, por el doctor Germán Arciniegas.

Como siempre, nos reunimos en esta casa para recordar el 17 de diciembre de Santa Marta, día de reflexión más que de duelo. Bajaba Bolívar al sepulcro y nos dejaba una herencia. Lo que ponía en nuestras manos era la llave de oro, y estremece pensar que quedaba a nuestra voluntad abrir las puertas de la república con esa herramienta mágica sacada de cien batallas fabulosas. Así, el 17 de diciembre se juntan las sombras y las luces, y si se me pidiera un nombre para celebrarlo lo llamaría día de la Independencia. No podemos convertir la fecha en ocasión para repulir y exaltar la imagen del caballero moribundo: lo que él nos entrega en las primeras líneas de su proclama exige algo más. Esa independencia que sacó adelante su bravura es la razón de ser del colombiano, del americano, del hombre del Nuevo Mundo, y como nos la está entregando a dos pasos de la muerte tiene tanto de compromiso como de alegría. A un mismo tiempo sabemos que somos libres y que nos toca sostener esa libertad. Que es una libertad nueva en el mundo. Una libertad en que queda empeñado todo un continente. En el rincón de los muertos —que esto quiere decir la palabra Ayacucho— se presentó la última escena de la epopeya continental. Ahí estaban granadinos, venezolanos, quiteños, argentinos, chilenos, peruanos, y los del Chaco y los guaraníes y los aymarás para cumplir entre todos el juramento en que se había empeñado aquél del Aventino, que ahora los vigilaba saltándole el corazón en la expectativa. La Independencia no era de uno sino de todos. Dentro del teatro grande del universo mundo América era otra cosa. Era la asamblea de las repúblicas contrapuesta a la casa de los reyes, al palacio de los emperadores. Esto es, amigos, lo que se ofrece como materia de meditación en los diez y

sietes decembrinos. Lo grave en la fecha no es sólo este hecho de que Bolívar se va, sino que nos quede la llave de la heredad, y hay que guardarla.

Los horizontes en este caso no se ensanchan avanzando en el tiempo. Si entonces surgían amenazas de todas partes, si la Santa Alianza se veía desde nuestra América como una manada de fieras en acecho, si no se resignaban a la derrota los imperios que claudicaron en Delaware, en Haití, o en Ayacucho —porque todo fue un mismo canto de liberación en tres idiomas si la imaginación de los antiguos explotadores de las colonias comenzaban a inventar nuevas formas para revitalizar sus ambiciones... Esas ilusiones de dominio de entonces no han muerto. Tan vivo es hoy el tema de la Independencia como hace ciento cincuenta o doscientos años. Tan profundas son las diferencias entre lo que es hoy nuestra liberación discutida y las expansiones imperialistas como entonces. El sentimiento de la Independencia amenazada, patente en las proclamas del Libertador, desde Cartagena hasta los días de la Santa Alianza, hoy mismo lo tenemos a la vista. Tanta vigencia tuvo en su tiempo aquel encantado aviso que oyeron los soldados —La Libertad de América es la esperanza del Universo— como la tiene hoy. El indio Juárez llevó a México nuestra filosofía, —filosofía para americana— cuando escribió: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. Lo mismo que ahora repetimos. Lo de Lincoln: “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, es lo de hoy”. Lo de “las armas os dan independencia, las leyes os darán libertad”, de Santander, no ha cambiado.

En nuestras manos puso el Libertador la llave, y esta llave es sólo nuestra si su voluntad ha de cumplirse. Eso es lo que significa 17 de diciembre. Al agruparnos en esta casa lo revestimos de diversas ceremonias. Hace un año, aquí vinimos a recibir una de las espadas de gloria del Libertador, que nos regaló el presidente Betancur. Hoy de nuevo él nos regala un billetico escrito de manos de Manuelita, testimonio de sus días de joyas y sus días de pobreza, muy propio para conservarse aquí, donde la amable loca creaba los problemas de su temperamento, pero que fue una mujer que tuvo en cinco minutos de su vida la ocasión que basta para guardarle gratitud indeclinable. Fue aquella ocasión que le mereció el título de Libertadora del Libertador. Salvando al Bolívar que ella amaba. Salvó a los mismos conspiradores de pasar a la historia como parricidas, y libró a Colombia de un borrón que jamás se habría lavado.

Todo lo que aquí se guarde, todo lo que nos atraiga para fijar el recuerdo que se enciende entre las nubes de oro del sol de los venados, lo ponemos a dorar entre los resplandores de la llave de oro que puso el moribundo, simbólicamente, en manos de Colombia liberada. Señores y amigos: “Independencia grita el mundo americano”.